

I

LA FIESTA DEL HOGAR

EN NOCHE-BUENA

Á MIS ANCIANOS PADRES

I

Un año más en el hogar paterno  
celebramos la fiesta del Dios-Niño,  
símbolo augusto del amor eterno,  
cuando cubre los montes el invierno  
con su manto de armiño.

II

Como en el día de la fausta boda  
ó en el que el santo de los padres llega,  
la turba alegre de los niños juega,  
y en la ancha sala la familia toda  
de noche se congrega.

## III

La roja lumbre de los troncos brilla  
del pequeño dormido en la mejilla,  
que con tímido afán su madre besa;  
y se refleja alegre en la vajilla  
de la dispuesta mesa.

## IV

Á su sobrino, que lo escucha atento,  
mi hermana dice el pavoroso cuento,  
y mi otra hermana la canción modula  
que, ó bien surge vibrante, ó bien ondula  
prolongada en el viento.

## V

Mi madre tiende las rugosas manos  
al nieto que huye por la blanda alfombra;  
hablan de pie mi padre y mis hermanos,  
mientras yo, recatándome en la sombra,  
pienso en hondos arcanos.

## VI

Pienso que de los días de ventura  
las horas van apresurando el paso,  
y que empaña el oriente niebla oscura  
cuando aún el rayo trémulo fulgura  
último del ocaso.

## VII

¡Padres míos, mi amor! ¡Cómo envenena  
las breves dichas el temor del daño!  
Hoy presidís nuestra modesta cena,  
pero en el porvenir... yo sé que un año  
vendrá sin Noche-Buena.

## VIII

Vendrá, y las que hoy son risas y alborozo  
serán muda aflicción y hondo sollozo.  
No cantará mi hermana, y mi sobrina  
no escuchará la historia peregrina  
que le da miedo y gozo.

## IX

No dará nuestro hogar rojos destellos  
sobre el limpio cristal de la vajilla,  
y, si alguien osa hablar, será de aquellos  
que hoy honran nuestra fiesta tan sencilla  
con sus blancos cabellos.

## X

Blancos cabellos cuya amada hebra  
es cual corona de laurel de plata,  
mejor que esas coronas que celebra  
la vil lisonja, la ignorancia acata,  
y el infortunio quiebra.

## XI

¡Padres míos, mi amor! Cuando contemplo  
la sublime bondad de vuestro rostro,  
mi alma á los trances de la vida templo,  
y ante esa imagen para orar me postro,  
cual me postro en el templo.

## XII

Cada arruga que surca ese semblante  
es del trabajo la profunda huella,  
ó fué un dolor de vuestro pecho amante.  
La historia fiel de una época distante  
puedo leer yo en ella.

## XIII

La historia de los tiempos sin ventura  
en que luchasteis con la adversa suerte,  
y en que, tras negras horas de amargura,  
mi madre se sintió más noble y pura  
y mi padre más fuerte.

## XIV

Cuando la noche toda en la cansada  
labor tuvisteis vuestros ojos fijos,  
y, al venceros el sueño, á la alborada,  
fuerzas os dió posar vuestra mirada  
en los dormidos hijos.

## XV

Las lágrimas correr una tras una  
con noble orgullo por mi faz yo siento,  
pensando que hayan sido, por fortuna,  
esas honradas manos mi sustento  
y esos brazos mi cuna.

## XVI

¡Padres míos, mi amor! Mi alma quisiera  
pagaros hoy la que en mi edad primera  
sufristeis sin gemir, lenta agonía,  
y que cada dolor de entonces fuera  
germen de una alegría.

## XVII

Entonces vuestro mal curaba el gozo  
de ver al hijo convertirse en mozo,  
mientras que al verme yo en vuestra presencia  
siento mi dicha ahogada en un sollozo  
de una temida ausencia.

## XVIII

Si el vigor juvenil volver de nuevo  
pudiese á vuestra edad, ¿por qué estas penas?  
Yo os daría mi sangre de mancebo,  
tornando así con ella á vuestras venas  
esta vida que os debo.

## XIX

Que de tal modo la aficción me embarga  
pensando en la posible despedida,  
que imagino ha de ser tarea amarga  
llevar la vida como inútil carga,  
después de vuestra vida.

## XX

Ese plazo fatal, sordo, inflexible,  
miro acercarse con profundo espanto,  
y en dudas grita el corazón sensible :  
«si aplacar al destino es imposible,  
¿para qué amarnos tanto?»

## XXI

Para estar juntos en la vida eterna  
cuando acabe esta vida transitoria,  
si Dios, que el curso universal gobierna,  
nos devuelve en el Cielo esta unión tierna,  
yo no aspiro á más gloria.

## XXII

Pero en tanto, buen Dios, mi mejor palma  
será que prolonguéis la dulce calma  
que hoy nuestro hogar en su recinto encierra :  
para marchar yo solo por la tierra  
no hay fuerzas en mi alma.

VICENTE W. QUEROL.

## II

## LA NATIVIDAD DEL SEÑOR

## DEL NACIMIENTO

Ya que era llegado el tiempo  
en que de nacer había,  
así como desposado  
de su tálamo salía,  
abrazado con su Esposa,  
que en sus brazos la traía,  
al cual la agraciada Madre  
en un pesebre ponía,  
entre algunos animales  
que á la sazón allí había.  
Los hombres decían cantares,  
los ángeles melodía,  
festejando el desposorio  
que entre tales dos había.  
Pero Dios en el pesebre  
allí lloraba y gemía,  
que eran joyas que la Esposa  
al desposorio traía;

y la Madre estaba en pasmo  
de que tal trueque veía;  
el llanto del hombre en Dios  
y en el hombre la alegría,  
¡a cual del uno y el otro  
tan ajeno ser solía.

SAN JUAN DE LA CRUZ.

## ROMANCE

Repastaban sus ganados  
á las espaldas de un monte  
de la torre de Belén  
los soñolientos pastores.  
Alrededor de los troncos  
de unos encendidos robles,  
que restallando á los aires  
daban claridad al bosque,  
en los nudosos rediles  
las ovejuelas se encogen;  
la escarcha en la yerba helada  
beben, pensando que comen.  
No lejos, los lobos fieros  
con aullidos muy feroces  
desaffan los mastines,  
que adonde suenan responden,  
cuando las oscuras nubes  
del sol coronado rompe  
un capitán celestial  
de sus ejércitos nobles.  
Atónitos se derriban  
de sí mismos los pastores,  
y por la lumbre las manos  
sobre los ojos se ponen.  
Los perros alzan las frentes,

y las ovejuelas corren  
 unas por otras turbadas  
 con balidos desconformes;  
 cuando el nuncio soberano  
 las plumas de oro descoge,  
 y enamorando los aires  
 les dice tales razones :  
 «Gloria á Dios en las alturas.  
 Paz en la tierra á los hombres.  
 Dios ha nacido en Belén  
 en esta dichosa noche.  
 Nació de una pura Virgen :  
 buscadle, pues sabéis dónde,  
 que en sus brazos le hallaréis  
 envuelto en mantillas pobres.»  
 Dijo, y las celestes aves  
 en un aplauso conformes,  
 acompañando su vuelo  
 dieron al aire colores.  
 Los pastores, convocando  
 con dulces y alegres sonos  
 toda la sierra, derriban  
 palmas y laureles nobles.  
 Ramos en las manos llevan,  
 y coronados de flores,  
 por la nieve forman sendas  
 cantando alegres canciones.  
 Llegan al portal dichoso,  
 y aunque juntos le coronen,  
 racimos de serafines  
 quieren que laurel le adornen.  
 La pura y hermosa Virgen  
 hallan, diciéndole amores

al Niño recién nacido  
 que hombre y Dios tiene por nombre.  
 El santo Viejo los lleva  
 adonde los pies le adoren,  
 que por las cortas mantillas  
 los mostraba el Niño entonces.  
 Todos lloran de placer;  
 pero, ¿qué mucho que lloren  
 lágrimas de gloria y pena,  
 si llora el Sol por dos soles?  
 El santo Niño los mira,  
 y, para que se enamoren,  
 se ríe en medio del llanto,  
 y ellos le ofrecen sus dones.  
 Alma, ofrecedle los vuestros,  
 y porque el Niño los tome,  
 sabed que se envuelve bien  
 en telas de corazones.

LOPE DE VEGA CARPIO.

EN LA FIESTA DEL NACIMIENTO DE CRISTO

La noche ofuscaba al mundo,  
y, por horror ó por sueño,  
todas las cosas yacían  
en el más alto silencio;

cuando piadosa la luz  
nació de un virgíneo seno,  
que distinguió los colores  
y las tinieblas huyeron.

Luce en los ojos de un Niño  
con lágrimas, que al Invierno  
vistén de súbitas flores  
con admiración del tiempo.

*Vos, gloriosa Madre,  
que le dais el pecho,  
recogednos las perlas  
que vierte gimiendo;  
que por ser de sus ojos  
no tienen precio.*

Cuanto sus ojos miraren,  
veremos fértil y lleno:  
la tierra de alegres frutos,  
de serenidad el cielo.

Cesará el rigor del rayo  
y la amenaza del trueno;

pondrá á los pies de la paz  
la venganza sus trofeos.

Obrad, lágrimas sùaves,  
nuestro general remedio,  
y salgan de suspensión  
la esperanza y el desco.

*Vos, gloriosa Madre,  
que le dais el pecho,  
recogednos las perlas  
que vierte gimiendo;  
que por ser de sus ojos  
no tienen precio.*

Niño divino y humano,  
pues venís para volvernos  
á la gracia que al principio  
nos quitó el primer exceso,  
comience á esparcir sus glorias  
la unión de los dos extremos;  
porque el ocio y el amor  
no caben en un sujeto.

En vuestras lágrimas hierva  
la calidad del afecto;  
haced que el orbe se abraza  
en tan amoroso incendio.

*Vos, gloriosa Madre,  
que le dais el pecho,  
recogednos las perlas  
que vierte gimiendo;  
que por ser de sus ojos  
no tienen precio.*

BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA.

## AL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR

*¿Quién oyó, quién oyó,  
quién ha visto lo que yo?*

Yacía la noche cuando  
las doce á mis ojos dió  
el reloj de las estrellas,  
que es el más cierto reloj.

Yacía, digo, la noche,  
y en el silencio mayor.  
Una voz dieron los cielos,  
Amor divino;  
que era luz, aunque era voz,  
divino Amor.

*¿Quién oyó, quién oyó,  
quién ha visto lo que yo?*

Ruiseñor no era, del alba  
dulce hijo, el que se oyó;  
viste alas, mas no viste  
bulto humano el ruiseñor.

De varios, pues, instrumentos,  
el confuso acorde son,  
Gloria dando á las riberas,  
— Amor divino, —

para la tierra anunció  
divino Amor.

*¿Quién oyó, quién oyó,  
quién ha visto lo que yo?*

Levantéme á la armonía,  
y cayendo al resplandor,  
ó todo me negó á mí,  
ó todo me negué yo.

Tiranizó mis sentidos  
el soberano cantor.  
Que ni era ave ni hombre,  
— Amor divino; —  
era mucho de los dos,  
divino Amor.

*¿Quién oyó, quién oyó,  
quién ha visto lo que yo?*

Restitúdas las cosas  
que el éxtasis me escondió,  
al blando céfiro hizo  
de mis ovejas pastor.

Dejélas y en vez de nieve,  
pisando una y otra flor,  
llegué donde al hielo vi,  
— Amor divino, —  
peinarle rayos al Sol,  
divino Amor.

*¿Quién oyó, quién oyó,  
quién ha visto lo que yo?*

Humilde, en llegando, até  
al pesebre la razón;

que me ha valido más luz  
que la cátedra mejor.

Oí balar un cordero,  
cordero que fué león;  
león que, si niño nace,  
— Amor divino, —  
es niño, mas siempre Dios,  
divino Amor.

*¿Quién oyó, quién oyó,  
quién ha visto lo que yo?*

LUIS DE GÓNGORA.

## AL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR

Huyó del polo el Aquilón sombrío,  
y el cielo, ya sereno,  
piadoso vierte el cándido rocío,  
que ocultaba en su seno.

—

En tus entrañas, tierra, agradecida  
recibe el don fecundo,  
y la salud prodúcele, y la vida,  
al angustiado mundo.

—

Florece, ¡oh Terebinto!, y de tus flores  
brille la pompa ufana  
al desatar sus claros esplendores  
la plácida mañana.

—

Y de ellas el Aurora refulgente  
orne sus manos puras,  
cuando hoy anuncie á la oprimida gente  
el Sol de las alturas.

—

Corre alegre, ¡oh Jordán!, y en tu ribera,  
de Jericó las rosas,

embalsamen del aura lisonjera  
las alas vagorosas.

—  
El cedro inmenso la cerviz erguida  
levante al alto cielo,  
y su aroma dulcísimo despida  
la cumbre del Carmelo.

—  
Pasó la nieve del invierno triste,  
y del Hermón la falda  
depone el hielo rígido, y se viste  
de carmín y esmeralda.

—  
Albricias, Israel. Ya compadece  
el Cielo tu gemido;  
vuelve al benigno Sol, que te amanece,  
el semblante afligido.

—  
Mira el libertador, que de tu mano  
y del cuello doliente  
romperá las cadenas, y al tirano  
quebrantará la frente.

—  
Alza del polvo. Ya empezó tu Santo  
la lid y la victoria.  
Y ciñete, ¡oh Sión!, el regio manto  
de tu esplendor y gloria.

—  
Y convertida en gozo la amargura,  
con festivas canciones,  
convoca el Universo, y su ventura  
anuncia á las naciones.

ALBERTO LISTA.

### III

## LOS PASTORES DE BELÉN

Estas cinco poesías, tan bellas,  
con tan sencillos y primorosos en-  
cantos, sólo son lindas muestras de  
las muchas que compuso Lope de  
Vega bajo el mismo título: *Los  
pastores de Belén.*

Alabad á vuestro Dios,  
altas virtudes excelsas,  
que en los cielos habitáis  
sobre la décima esfera.  
Alabadle todos juntos,  
Ángeles, milicia bella,  
con todas las Jerarquías  
que asistís á su presencia.  
Alabadle, Sol y Luna,  
y de su magnificencia  
y hermosura sed testigos,  
resplandecientes estrellas.  
Alabadle, cielo emperio,  
que tenéis la preeminencia,

pues cielo de cielos sois,  
 y corte de su grandeza.  
 Vuestra alabanza también,  
 cielo cristalino, sea,  
 con las aguas que su nombre  
 siempre alaben y engrandezcan.  
 Él mismo lo dijo y quiso  
 y de nada fueron hechas  
 todas las cosas criadas,  
 de su alabanza materia.  
 Á todas las hizo firmes,  
 que siglos de siglos tengan  
 duración en su substancia,  
 aunque calidades truecan.  
 Precepto y orden les puso,  
 que de ningún modo alteran,  
 que sus preceptos divinos,  
 ni los mudan ni los quiebran.  
 También le alabad vosotras,  
 oh criaturas de la tierra,  
 fieros dragones y abismos,  
 aguas profundas y venas.  
 Y tú, fuego elemental,  
 y el granizo que se engendra,  
 de tres regiones que tiene  
 el aire claro, en la media.  
 Tú, nieve, y tú, hielo frío,  
 que en la ínfima congelas;  
 tú, fuerza; tú, viento, causa  
 de tempestades soberbias.  
 Pues todos obedecéis  
 su santa palabra eterna,  
 que á su mandamiento humildes

nadie un átomo discrepa.  
 Y vosotros, montes altos;  
 collados y plantas llenas  
 de frutas, cedros hermosos,  
 dadle alabanzas eternas.  
 Vosotros, ganados mansos,  
 y vosotras, bestias fieras,  
 serpientes y aves aladas,  
 alabadle en aire y selvas.  
 Reyes, Príncipes y Grandes,  
 y los pueblos que gobiernan,  
 con los Jueces que los juzgan,  
 los niños y las doncellas.  
 Los mozos y los ancianos,  
 todos á alabarle vengan,  
 que su santo nombre sólo  
 ensalzado se contempla.  
 Y así cielo y tierra alaben  
 su gloria, su fortaleza,  
 su dignidad, su virtud,  
 y el brazo de su potencia.

\*  
 \* \*

Zagala divina,  
 bella labradora,  
 boca de rubíes,  
 ojos de paloma,  
 Santísima Virgen,  
 Soberana Aurora,  
 arco de los cielos  
 y del sol corona :

tantas cosas cuentan  
sagradas historias  
de vuestra hermosura,  
que el alma me roban;  
que tenéis del cielo,  
morena graciosa,  
la puerta en el pecho,  
la llave en la boca.

*Vuestras gracias me cuentan,  
zagala hermosa.  
Mientras más me dicen  
más me enamoran.*

Dícenme que sois,  
de las tres personas,  
el trono divino  
en que asisten todas:  
que ya el Padre Eterno  
hija suya os nombra,  
el Hijo su Madre,  
y el Amor su esposa;  
que ya el Vellochino,  
de la tierra alfombra,  
lloviendo las nubes  
de perlas se borda;  
que tenéis guardada  
en vos una joya,  
que de Dios el pecho  
dignamente adorna.

*Vuestras gracias me cuentan,  
zagala hermosa.  
Mientras más me dicen  
más me enamoran.*

Que tenéis la cara  
como cuando llora  
sobre blancos lirios  
la mañana aljófara;  
que sois nieve pura,  
sobre quien deshojan  
purpúreos claveles  
ó encarnadas rosas.  
Yo no sé quién sirve  
hermosuras locas,  
flores de la tierra,  
que la muerte corta,  
y deja de amaros,  
divina Señora,  
á cuya belleza  
la Luna se postra.

*Vuestras gracias me cuentan,  
zagala hermosa.  
Mientras más me dicen  
más me enamoran.*

Cuéntanme que al templo  
fuisteis, niña hermosa,  
cuyas quince gradas  
las subistes sola;  
que en él ofrecistes  
para santa gloria  
casta vida y alma,  
palabras y obras;  
que, aunque sois casada,  
la misma victoria  
tendréis hoy que antes,  
y después que ahora.

Seréis Madre y Virgen,  
 porque os hizo sombra  
 el Amor divino,  
 de quien sois esposa.

*Vuestras gracias me cuentan  
 zagalá hermosa.*

*Mientras más me dicen  
 más me enamoran.*

\*

\*\*

*Norabuena vengáis al mundo,  
 Niño de perlas;  
 que sin vuestra vista  
 no hay hora buena.*

Niño de jazmines,  
 rosas y azucenas;  
 niño de la niña,  
 después de él, más bella;  
 que tan buenos años,  
 que tan buenas nuevas,  
 que tan buenos días  
 ha dado á la tierra.  
 Parabién merece,  
 parabienes tenga,  
 aunque tantos bienes  
 como Dios posëa.  
 Mientras os tardastes,  
 dulce gloria nuestra,  
 estábamos todos  
 llenos de mil penas;

mas ya que vinistes,  
 y á la tierra alegre  
 ver que su esperanza  
 cumplida en vos sëa,  
 digan los pastores,  
 respondan las sierras,  
 pues hombre os adoran,  
 y Dios os contemplan:

*Norabuena vengáis al mundo,  
 Niño de perlas;  
 que sin vuestra vista  
 no hay hora buena.*

Que os den parabienes,  
 y que os hagan fiestas,  
 á voces lo cantan  
 el cielo y la tierra.  
 En el limbo dicen  
 Reyes y Profetas  
 que el bien ha venido  
 que su mal remedia.  
 Aves celestiales  
 los aires alegran;  
 pacífica oliva  
 vuelven las adelfas;  
 las montañas altas,  
 las nevadas sierras,  
 aguas en cristales,  
 nieve en flores truecan.  
 Los ecos del valle  
 «Cristo nace» suenan;  
 las fieras se amansan,  
 los corderos juegan;

bajan los pastores  
y serranas bellas,  
y cantando á coro,  
dicen á las selvas :

*Norabuena vengáis al mundo,  
Niño de perlas;  
que sin vuestra vista  
no hay hora buena.*

\*  
\*\*

Hoy al hielo nace  
en Belén mi Dios.  
*Cántale su Madre,  
y Él llora de amor.*

Aquel Verbo santo,  
luz y resplandor  
de su Padre Eterno,  
por quien se engendró,  
en la tierra nace  
por los hombres hoy.  
*Cántale su Madre  
y Él llora de amor.*

Como fué su Madre  
de tal perfección,  
un precioso nácar  
sólo abierto al sol,  
las que llora el Niño  
finas perlas son.  
*Cántale su Madre  
y Él llora de amor.*

«No lloréis, mi vida;  
que me dais pasión»,  
le dice la Niña  
que al Niño mostró.  
Téplanse los aires  
á su dulce voz;  
*cántale su Madre  
y Él llora de amor.*

\*  
\*\*

Temblando estaba de frío  
el mayor fuego del cielo,  
y quien hizo el tiempo mismo,  
sujeto al rigor del tiempo.

El que con arena débil  
al libre mar puso freno,  
medida al ardiente sol,  
y á las tinieblas silencio.

En unas pajas humildes  
siendo sol, se encoge al hielo,  
á la noche deja libre,  
y da licencia á los vientos.

Todos, aunque todos tristes,  
osan perder el respeto,  
porque están temblando todos  
de que Dios tiemble por ellos.

Su Virgen Madre le mira  
ya llorando, ya riendo,  
que como es su espejo el Niño,  
hace los mismos efectos.

No lejos el casto esposo,

—que aunque estuviera muy lejos,  
pensara que estaba cerca  
de un hombre, que es Dios inmenso,—  
mirándole está encogido,  
y de los ojos atentos  
llueve, al revés de las nubes,  
porque llora sobre el cielo.

«Cumplido habéis, dice al Niño,  
la palabra, Rey eterno,  
que á mis abuelos les distes,  
de hacerlos abuelos vuestros.

»Ya no sois fuerte león,  
ni con espada de fuego  
rendís ejércitos de hombres;  
hombre sois, ya sois cordero.»

La niña, Madre de Dios,  
mil parabienes oyendo  
de cielos, ángeles y hombres,  
por el bien que les han hecho,

al Niño, que llora, dice:  
«No más, mi dulce consuelo;  
ea, no más, mi Jesús,  
pues que no puede ser menos.

»Serenad, Niño bendito,  
el sol de esos ojos bellos;  
no echéis á mal esas perlas  
por quien no sabe su precio.

»Hoy se cumplen meses justos  
que le dije al Ángel vuestro,  
que era vuestra humilde esclava,  
y en estas horas lo pruebo.

»Bien sabíades, mi Rey,  
que en aquellos pobres techos

las telas solas había  
del corazón que os ofrezco.

»Y aun esa pobreza misma,  
que en Nazareth veis que tengo,  
me falta para abrigaros;  
que camino, y no la llevo.

»Pero pues sois tan amigo  
de pechos pobres, yo quiero  
abrigaros en el mío;  
daros el primer sustento.»

Esto diciendo María,  
sacó los virgíneos pechos,  
á cuyos cielos más limpios  
se humillaron nueve cielos.

Abrió el Niño Dios los labios,  
y quedó colgado dellos,  
como racimo de palma,  
hasta que le vino el sueño.

Alma, si de ver á Dios,  
puesto de su Madre al pecho,  
no se te enternece el tuyo,  
¿dónde está tu sentimiento?

Llora, sin temer que el Niño  
despierte á tu llanto tierno,  
que al son de fuentes de llanto  
duerme Dios con más contento.

Más que la gloria que hoy  
le cantan Ángeles bellos,  
estima de un hombre el llanto...  
Lloremos, alma. Lloremos.